

Agustín García



Caravana de la sed

Hawad Red.
Traducción de Philippe Chéron y Jorge Lobillo, UAM Azcapotzalco, México, 2004

El poeta Hawad ha reunido en *Caravana de la sed* (traducción de Philippe Chéron y Jorge Lobillo, UAM Azcapotzalco, México, 2004) los múltiples relatos y vivencias de un pueblo peculiar: tuareg, pueblo nómada sahariano.

En el desierto viven comunidades que, por las características del terreno, tienen que emigrar constantemente, y lo han hecho durante siglos. Ese ámbito no puede restringirse a unos límites nacionales, sino a las formas y caprichos de la geografía: dunas, montañas, pastizales, las pocas fuentes de agua.

Sin embargo, la política impone demarcaciones, crea nuevos países y nue-

vas fronteras. Los pueblos nómadas, entonces, quedan atrapados entre líneas y murallas que obstruyen sus caminos habituales, las vías hacia el agua y hacia los campos de pastoreo. En los actuales conflictos migracionales (véanse las noticias sobre Marruecos y Melilla), nos encontramos con esta posible causa: "Alguien" fracciona un continente y le traza fronteras. Los habitantes cuya forma de vida es recorrerlo, pierden la esencia de su estar en el mundo. Toda migración acata el mismo principio: mudan la naturaleza, los medios de subsistencia y el clima, por ello los hombres van a otro lugar.

Los pueblos nómadas nunca se establecen. Su forma de vida es el viaje permanente. Por ello, en la voz poética de *Caravana de la sed* reconocemos a un enemigo: "Aquellos que veneran el hormigón". Ciertamente, el hormigón es un excelente icono de la sedentariedad. La ciudad es un gran bloque, un cimiento al cual no se puede abandonar. Todo ciudadano tiene sus pies hundidos en el concreto seguro del mundo urbano.

Pero el rechazo proviene, más bien, de ese lado "seguro":

El nómada entra en la ciudad para comprar tres medidas de trigo

Aquellos que veneran el hormigón
le escupen el rostro
le tiran en la espalda
los huesos de sus borregos
Aullidos en la urbe
Maldito sea el nómada
zorro ladrón saqueador traidor
salvaje compañero de la araña
hermano del camello

Previsiblemente, una poesía nacida en el desierto está poblada por las criaturas del desierto: camellos, arañas, avestruces, ovejas, arena, estrellas. Además, apreciaremos allí las clases en que se estratifica una sociedad nómada y las perspectivas de una forma vital construida por largas tradiciones. En todo discurso poético que nació del seno de un pueblo, es posible reconocer sus condiciones de vida, manifestaciones culturales, fauna y flora de la región. Eso es lo más inmediato y fácil en una primera aproximación y ya es, por lo mismo, una fuente disfrutable donde entenderemos un poco mejor al otro, al desconocido que se manifiesta o retrata en esa poesía. Pero se trata de una mirada parcial. No es verdadera aproximación, y mucho menos proximidad.

Desde esa lectura superficial, sería difícil encontrar sentido a palabras como éstas:

Tamajaq
[...]
no

estera, trama
que remienda el tejido de los mitos
Esperanza que *destrenza* los dolores
Gestos que atizan el fulgor de los recuerdos
para desenredar los nudos corredizos
de una vida estrangulada entre su lecho y sus pozos.
[...]
[cursivas mías].

El título es la palabra con que se designa, aquí, a una mujer noble. El verbo que he resaltado, *destrenza*, funciona como una metáfora poderosa, porque entre los tuareg, el cabello trenzado es una señal de luto. Mayor fuerza adquiere el término si consideramos que, en francés (lengua de donde se tradujo este poemario al español), el sustantivo *détresse* significa angustia, desamparo; utilizado como verbo, se convierte en un neologismo con un sentido equivalente al que tiene en español: deshacer las trenzas.

El pueblo tuareg vive momentos cruciales de su historia. Precisamente por las nuevas divisiones políticas, la formación de nuevos países en el área, el nomadismo se vuelve cada vez más imposible, pues las fronteras no se abren para las caravanas y grupos de pastoreo en los mismos caminos que acostumbraban recorrer. Además, queda el dilema de la nacionalidad. A pesar de

los LIBROS

que en nuestros días habitan en lo que es hoy Nigeria, "su influencia cultural y territorial abarca también otras regiones (en 1960 la zona tuareg se dividía entre Libia, Argelia, Nigeria, Mali y Burkina Faso, la antigua Alto Volta)", como nos informa José Luis Bernal en el Prólogo.

Entre mil cosas que sería deseable decir de este libro y de este fenómeno inédito que es la poesía de Hawad (pero el espacio disponible es menor a tal deseo), es imperativo concluir con estas precisiones: la poesía de los pueblos nómadas suele manifestarse oralmente; Hawad, producto de las culturas tuareg y sufí, redacta en su idioma tamajaq, luego transcribe al tifinar, que es la escritura tuareg; Hawad mismo ha traducido parte de su obra al francés, con el auxilio de su esposa Héléne Claudot; de la versión francesa, Philippe Chéron tradujo a esta edición bilingüe (en francés y español) que la UAM presenta para deleite de los lectores mexicanos y para acercar dos realidades tan diversas a través de una poesía que algo tendrá de afinidad con nosotros, los mexicanos, pues también vivimos problemas de emigración, y también tenemos habitantes del desierto.

Disfrutable libro que invita irresistiblemente a

simpatizar con una poesía cuyo sentido se arraiga en la realidad cultural y política de un pueblo. Así como suele ser la buena poesía.

En pocas palabras, esta obra, en sus traducciones, ha sido más nómada que su autor. Además, ha contribuido a la transformación y perfeccionamiento de las lenguas y escrituras del Sahara. También a nosotros nos habrá de transformar, si la escuchamos atentos.